

SECUESTRADOR

Luis Fernando Abello

Antes del alba de un fin de semana, Flor alista sus chancas, hechas en un país extranjero. Diariamente se levantaba a las cuatro de la mañana para ubicarse en el trabajo. Tenía esa costumbre cuando era niña; Se paraba de su cama antes que las gallinas con la incertidumbre de verlas poner su primer huevo. Toma el mismo desayuno; chocolate, huevos y pan, mira el reloj y son las cuatro y veinticinco, es una hora para exaltarse pero no la confunde porque su monotonía la ha llevado a una infausta tranquilidad.

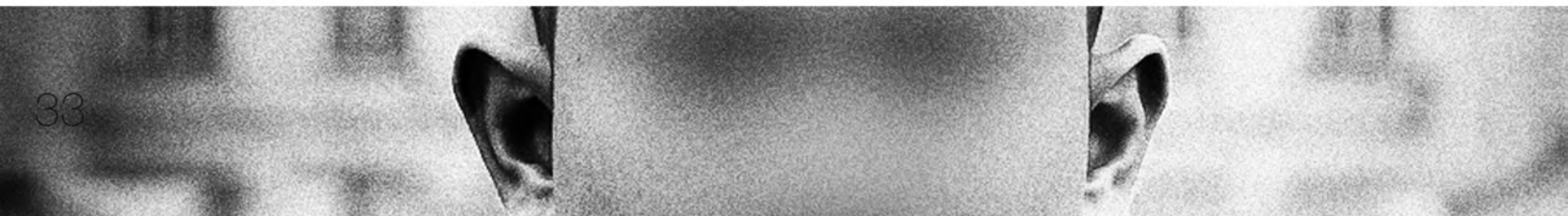
Con pasos llega a su lugar de trabajo y observa a su compañero el carnicero limpiando el cuchillo de sangre y suciedad. Lo saluda con solemnidad mientras llega su fiel amiga margarita con un gesto mal humorado, lamentándose porque no pudo cerrar un negocio por sus legumbres ajadas.

Flor alista su mercancía; manzanas, lulos, peras, fresas, mandarinas y uvas. Son las 5:03 AM y no ha llegado una sola persona a comprar, ni siquiera el mendigo que acostumbra a pasar en las primeras horas del amanecer. Al terminar de zarrandearse las nubes, los mercaderes con sus zorras caminan buscando un lugar donde situarse, los perros a la redonda del carnicero, las mujeres, los niños en su labor y los gritos de los “Pavarottis” ofreciendo sus productos; papa, yuca y plátanos, los temas más vociferados en esta ciudad.

Al despejarse las nubes el sol llega a su apogeo lanzando latigazos de calor para olvidar las gotas sobre los tejados, unos metros atrás de este lugar un carro cuatro puertas de vidrios polarizados se sitúa como un comprador más. El ambiente sigue igual, sólo que un par de zapatos con colores llamativos y tamaños colosales descienden del auto y se dejan vislumbrar en la calle, unos cuantos lo ven sin ninguna determinación a favor.

Aquel personaje pintoresco hace su primer llamado a la comunidad con un saludo “como están los niños?” refiriéndose hasta al más anciano. Por un momento las risas llenaron el asfalto hasta que inició su acto.

Este no era un payaso normal, también era mimo, con la mitad del rostro maquillado de blanco, sonrisa triste, la otra como ridículo bufón, Sosteniendo un bosquejo de sonrisa hasta la oreja izquierda. Por supuesto malabarista y un gusto por los chistes obscenos. Todo era alegría; los niños cerca del payaso observando su teatro, la mimesis de los vendedores no podría faltar y menos una actuación de una trapisonda de verduleros. Y aunque aquel auto seguía en el mismo lugar nadie se percataba de él, por el hecho de saber si había más personajes como este.



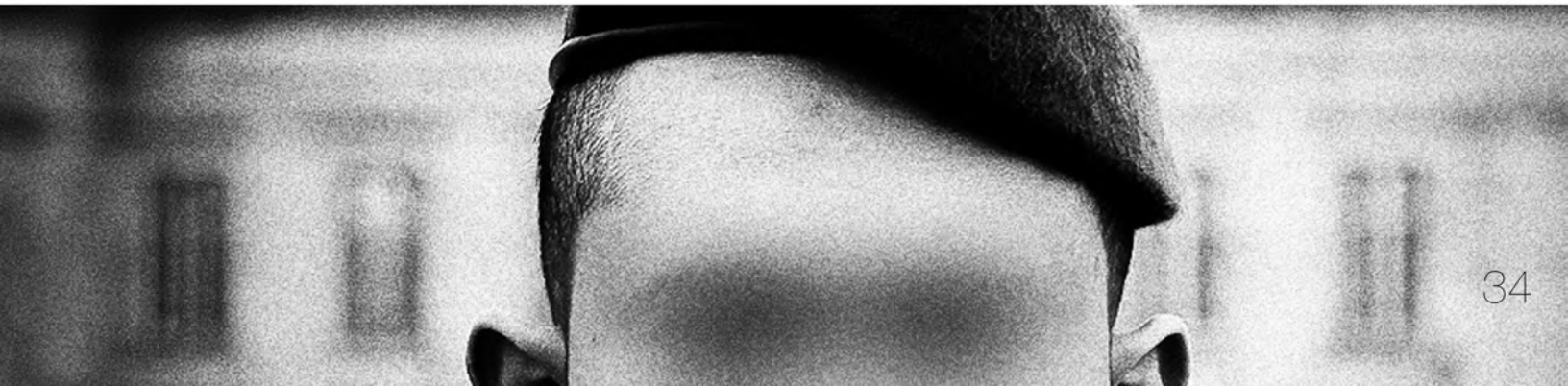
Por último, hizo una demostración de malabarismo con tomates, guayabas y yucas, dejando atónita a la multitud. Momentos después se metió la mano al bolsillo derecho para hacer otra presentación, era un gran papel con seis o siete doblegas, con una inesperada timidez, que una gota tal vez del arduo trabajo o de susto, patinó sobre su piel, y significaba tanto para el, como para los espectadores. Era la foto del representante de un nuevo movimiento político: con la mirada hacia el horizonte, una seriedad infranqueable y como siempre, camisa y corbata y en esta decía; Samuel el saber de la gobernación. Flor pierde un cliente por prestar atención a tan esperado acto, se percató cuando aquella persona dio vuelta hacia otro mercader.

El payaso tras la máscara del asombro y de la alegría, sólo miraba los rostros de las personas, no más de dos segundos, su corazón latía tan fuerte como el motor de un camión creyendo que iba a salir linchado por aquella ofensa, por ser tan PAYASO. “Mi pobreza me ha vendido, ni si quiera es mi dignidad la que está en peligro, es mi arte”- se dijo para sí el Bufón-. Unos se rieron irónicamente, las madres hicieron voltear las caras de sus hijos como si viesen al mismo mandinga, aunque los chicos no comprendan nada, no podían quitarle la vista. Unos hicieron caso omiso, los más inteligentes tiraron tomates podridos, otros lanzaron fuego por sus bocas diciendo: este desgraciado nos hizo perder el tiempo, y febrilmente rompieron atención. El secuestro temporal se había cumplido. El carnicero con su traje manchado, lavándose las manos con sangre tenía una luz de estrellas en sus ojos y murmuraba: maldito, esa foto está para decapitarla junto con ese payaso, y secuencialmente clavó su puñal en la cabeza de un negro cerdo. Flor le hizo olvidar su ira ofreciéndole una manzana de las que estaban en oferta. El viciado payaso lentamente y con vilo, se va marchando rumbo al auto pisando los huecos del sumiso teatro.

Ahora todo seguía igual ya nada los hacía parar, y ya nunca, nunca más volverán a tener un triste payaso ni a creer en un espectáculo.

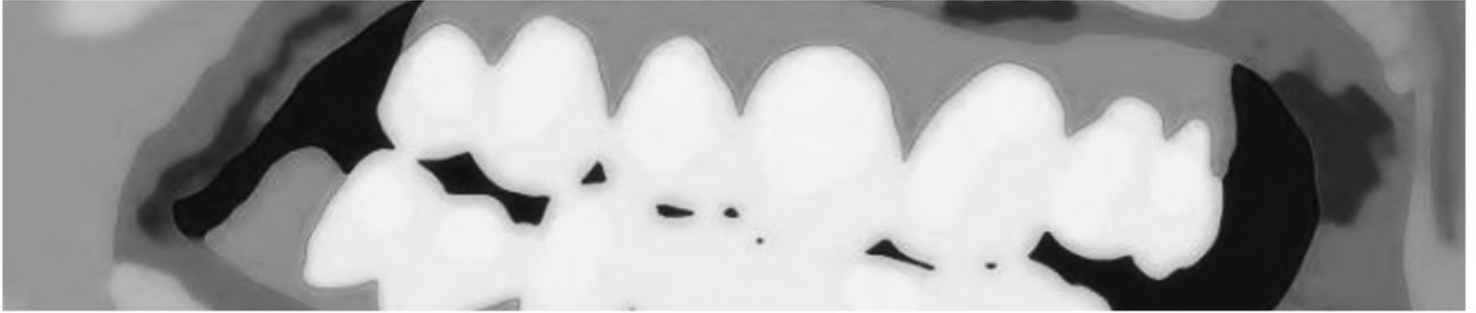
¿Y Doña Flor? Preguntó un comerciante que en la mano derecha ostentaba unos papeles con números repetidos.

Se fue a preguntar cuando son las elecciones - le respondieron-. Al llegar, aspiró la amarga verdad en sus pensamientos estériles.



PORNOGRAFÍA DE LA RELIGIÓN

Alba Milena Arias Silva



Anoche, luego de la última misa, se desclavó de la cruz, directo al Corpus Christie. Bebió su propia sangre, tragó su adusto cuerpo. Contrató los servicios de la más puta del pueblo, de Roma la más puta. Quería el paquete completo. Lady también comió con él y danzaron sus pies desnudos por encima de la mesa, por entre las sillas y el altar, tomaban fotos a las estatuas para subirlas a Facebook; reían burlescamente de los santos vestidos; que según decía no eran tan santos. Caminaba pegado a Lady, añorando fuera Magdalena.

Cuando Lady se fue, buscó entre la sotana del padre, un arma, y si no fuera por el bueno de Dios que llegó en ese momento, él se hubiera suicidado, ¡por Dios que se hubiera suicidado! Jesús se sentía solo. Borbotones de sangre helada humedecían sus muñecas, alfombraba pisos y paredes, mesas y sillas, y profanaba así, la finísima tela blanca del mantel, la cara de Benedicto, de Juan... de la religión.

Pasaba su vida absorta de pecados. Dios lo ajusticiaba: pedía cuenta de su rollo con María Magdalena, por qué había engañado a los feligreses, con qué fundamento se decía hijo de dios, por qué el agua en vino y la culpa al pobrecito de Judas que sí que lo había querido, por qué había respondido groseramente a sus padres y había regado la fruta en la plaza, al lado de la casa de Dios ¡era la casa de Dios y esa gente sin comer! Jesús lloraba, (como si se le hubiese muerto alguien, como si él no fuera el muerto) se arrepentía y prometía no volver a hacerlo.

Hasta que alguien, no sé quien; jaló del gatillo y el grito sordo de una bala herida se fragmentó en su oído izquierdo. Sólo entonces, y cuando Dios se había ido, bajé del campanario, tomé el cuerpo de Jesús, mis dedos se hundieron en sus costillas, y le sentí la espalda frágil, levisísima la cintura. Lo extendí y lo crucifiqué nuevamente, lavé sus heridas (sólo lo necesario para que nadie advirtiera lo sucedido), lavé el mantel, la cara de los papas, me lavé a mí mismo, con la religión no pude hacer nada. Me dirigí a casa pensando que cuando me arrodille, cante para él o tome la ostia, ya no podrá mirarme a los ojos.